

VISTA DE BURDEOS.

CAPÍTULO XV.

DE PARÍS Á MADRID.

Orleáns. — Tours. — Burdeos. — Hospital de San Andrés. — Señor Jasseau. — Bayona. — Biárritz. — Estación balnearia. — Santander. — Guerra de los Carlistas. — Españoles compañeros de tren á Madrid.

5 de Julio.

La mayor parte de los Americanos que vienen á esta población se estancan en ella, y un paseo á Europa para ellos, significa sólo la permanencia de algunos meses en París. Hasta cierto punto tienen razón : hay en esta ciudad tantas atracciones y los placeres son tan baratos y fáciles de realizar, que de las personas que tienen recursos, muy pocas se resignan á dejar este edén para conocer otras ciudades de menor categoría.

Conocido, dicen, el gran salón de recibo de un palacio, los demás departamentos poco ó ningún interés pueden inspirar.

Pero para tener una idea general de Europa es preciso visitar aunque sea al vapor las demás naciones y comparar sus poblaciones con París y con los pueblos de nuestra América.

Desde que principié este viaje, formé mi itinerario y para ejecutarle me arranco, aunque con dificultad, á la belleza y encantos de París.

A las 7 de la mañana, salí de París en el ferrocarril, rumbo á España. Pasé por Orleáns, población de unos 52,000 habitantes, situada sobre la ribera derecha del Loire y á más de 120 kilómetros al S. O. de París.

Visité en el rato que estuve allí la plaza de Juana de Arco, que tiene una magnífica estatua ecuestre de esta heroína, la Catedral que es muy parecida á Notre-Dame de París y el puente sobre el Loire, monumentos todos de bastante mérito. Mis compañeros de viaje me informaron de que eran también dignos de ser visitados la Casa Municipal, un Jardín de Plantas y varios museos, pero se acercaba ya la hora de partir el tren y sólo tuve tiempo de tomar un ligero almuerzo y probar el vino que se expende en esta población, que es excelente.

Orleáns, llamada al principio *Genábun*, fué destruída por Cesar, reedificada luego por Aureliano, de donde le vino el nombre de Aureliánum y declarada capital del reino de su nombre por los sucesores de Clodoveo.

Defendida de Atila por Saint Aignán, saqueada por los Normandos en 856 y 865, sostenida contra los Ingleses por Juana de Arco, fué ocupada por Mlle. de Montpensier, durante la Fronda.

Inútil me parece decir que su aspecto me pareció triste, acabando, como lo hago, de salir de París.

Por la tarde estuve en Tours, bella población graciosamente bañada por el Loire. Está situada á 236 kilómetros al S. O. de París, y tiene unos 48,000 habitantes.

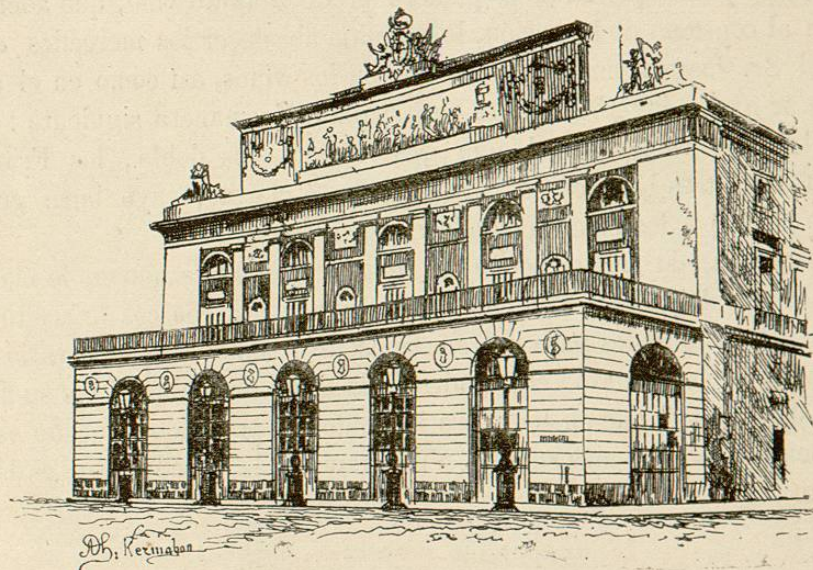
Se dice que posee una gran biblioteca, un buen museo de pintura y una imprenta llamada de *Mame*, de donde salen obras más baratas que de París, y de gran lujo: que hay también buenas fábricas de sedas y bordados, de porcelanas esmaltadas y de vidrios pintados. Como monumentos dignos de atención señalan la catedral, y un puente.

Unos momentos antes de la salida del tren, presencié una curiosa peregrinación que llegaba como á las cinco de la tarde y que me reveló el fanatismo todavía reinante en algunas partes de la civilizada Europa.

6 de Julio.

Esta mañana llegué á Burdeos, uno de los puertos más frecuentados de Francia, con 200,000 habitantes y situado en la margen izquierda del río Garona á 578 kilóm. al S. O. de París.

El puente que es magnífico y mide unos 487 metros, es reputado como el primero de Francia: el río está lleno de embarcaciones y tiene como 5 kilóm. de muy buenos muelles. Es población de mucho movimiento y hay edificios verdaderamente notables.



MADRID. EL TEATRO REAL.

Visité el Hospital de San Andrés, admirable por su extensión y buen arreglo, así como por la suma limpieza que se nota en todo.

El salón en que está almacenada la ropa de los enfermos es el primero de su clase que he visto.

El administrador, muy complaciente y amable conmigo, me acompañó en unión de uno de los doctores del establecimiento, haciéndome recorrer todos los departamentos y dándome explicaciones acerca de lo que llamaba mi atención.

Burdeos tiene también un excelente Teatro que sólo pude ver por fuera, y un soberbio Tribunal de Justicia.

Habiéndole entregado á Mr Jasseau una carta de introducción que para él traía de México, de mi fino amigo el Señor Doctor Antonio Lafón, me pre-

sentó á su estimable y cariñosa familia y me invitó á tomar la sopa con ellos.

Había tenido oportunidad de ver en la víspera de mi salida, á un hijo de este caballero, que vive en París, así es que la familia se complació mucho de recibir noticias de él por mi conducto.

Después de la comida, el Sr. Jasseau me acompañó á dar un paseo por la población y me hizo visitar una *usina* ó fábrica de conservas alimenticias, situada en la margen derecha del río. La cantidad de conservas y encurtidos que se fabrican en esos establecimientos y que se exportan para América y demás partes del mundo, es prodigiosa. Lo mismo sucede con el número inmenso de cajas y toneles de vino que envían en sus buques á los mercados de todo el globo.

Admirado yo de que Francia pudiera producir tanto vino, que además de proveer al consumo de la nación, le permitía abastecer los mercados extranjeros, el Sr. Jasseau me hizo saber que en los vinos, así como en el aceite, Francia se ayuda ingeniosamente de España de la manera siguiente: De un barril de buen vino español, que generalmente es doble, los Franceses fabrican dos ó tres barriles de vino delgado, ó clarete, cuyo buen gusto es elogiado hasta por los mismos paladares españoles.

Lo mismo sucede con el aceite de olivas español: le toman, le clarifican y le ponen más delgado, ó bien compran los residuos de cuescos de aceituna que sirvieron á los Españoles para extraer su aceite y sometiéndoles á varios procedimientos, extraen nuevas cantidades de un aceite tan delicado por su fluidez, buen gusto y aroma, que en todos los mercados es preferido al aceite español y se expende á precios más subidos. Visité también la Catedral que es de estilo gótico.

7 de Julio.

Anoche á las once salí de Burdeos y hoy á las siete de la mañana llegué á Bayona (198 kilóm.): bella población perdida entre el follaje de un huerto delicioso.

Cuenta 26,000 habitantes y es reputada como plaza de guerra de primer orden: tiene su Catedral, un Arsenal, su Hospital Militar y una dirección de aduanas.

Aquí fué donde Napoleón I recibió en 1808 la renuncia que á la corona de España hicieron Carlos IV y su hijo. A diez kilómetros al S. de Bayona está Biárritz, uno de los pueblecillos más pintorescos que puede uno imaginarse, bañado por las coquetas olas de una mar bonancible, y á donde concurren los acaudalados Franceses y Españoles á veranear.

Tomé dos baños en unión de dos jóvenes franceses de muy buen humor, y pasé un día muy contento.



VISTA DE BAYONA.

Los hoteles y casas de Biárritz sorprenden por su lujo y espléndido servicio, y bien se comprende, dada la clase de gente que se reúne allí y que pasa el día en el baño ó de paseo sobre la playa, y la noche en suntuosas *soirées*, que la permanencia en uno de estos sitios balnearios es más costosa que si se residiera en una gran capital.

El edificio de los baños es de madera, y se cambia cada año á la parte de la playa que sea más á propósito por el modo de llegar las olas, y donde no haya tiburones.

A propósito de estos animales, uno de mis compañeros de baño me refería la anécdota siguiente: El verano último, vino á Biárritz un matrimonio inglés: el comprendía bien el francés, ella ni una palabra. Al llegarse la hora del baño, esta pareja, en vez de ir al lugar destinado á la concurrencia, se dirigió como á una milla más lejos: allí había una casita rodeada de árboles á la orilla misma del mar. La mujer se metió en el agua, mientras el caballero leía tranquilamente un periódico, meciéndose en una hamaca que colgó entre dos árboles.

Momentos después, un sirviente de la casa vino muy alarmado á preguntar al inglés si había visto el rótulo que con grandes letras estaba sobre un poste, y que decía: *Aquí hay tiburones*. El Inglés, muy apacible, contestó: « Sí, por eso precisamente he traído á mi mujer. »

Afortunadamente para la Inglesa, que no sabía lo que pasaba, el aviso era sólo un ardid, de que se valía el dueño de la casa para desterrar á los bañistas que le importunaban con su ruido y su trajín.

El establecimiento de baños es de un solo piso y está dividido en dos departamentos: el uno para las señoras, y el otro para los caballeros.

Todos los cuartos tienen una puerta que da para la playa, sombreada por un gracioso corredor y distante unos treinta ó cuarenta metros de la orilla del mar.

En cada cuarto, encuentran tanto los caballeros como las señoras, un vestido de baño, compuesto de un chaquetín que se ajusta al cuello y á la cintura con unas cintas, un pantalón ó gregüesco que, formando pliegues, llega sólo á la rodilla, unas pantuflas y un sombrerito de paja.

Todos dejan en la orilla sus pantuflas y entran en el mar con el resto del vestido. A cada ola que viene ó en cada zambullida que el bañista se da, el sombrero queda flotando en la superficie, y al sacarla cabeza del agua, se lo vuelve á colocar para evitar los rayos del sol.

Los caballeros y señoras sólo se separan para cambiarse de traje, pues una vez con el vestido de baño, se reúnen para entrar juntos y confundidos en el agua, formando generalmente parejas de señora y caballero. Éste tiende la mano á su compañera, y la conduce hasta donde el agua le cubra el pecho, sosteniéndola contra el embate de las olas.

Por supuesto que estas parejas se forman entre personas que media hora antes eran enteramente extrañas, y nada notable es ver á algún banquero de